

III. GEOPOLÍTICA DE LA INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA; UNA LECTURA DE FIN DE MILENIO

*Dr. Jaime Preciado Coronado**

Introducción

Algo que distingue a este fin de milenio es la fiebre integracionista, sobretodo en su vertiente comercial. En este fin de época, según las cábalas y las interpretaciones milenaristas, la identificación del mercado y de la democracia liberal como únicos elementos portadores de futuro, ha orientado la conformación de bloques de intereses o de un nuevo regionalismo a la escala supranacional. En contraste con el aparente apego al pensamiento único homogeneizante referido, el proceso integracionista requiere de una lectura que sea capaz de encontrar las diferencias entre cada escala geográfica y socio-espacial, en las que se lleva a cabo. Para esa lectura, la geopolítica ofrece nuevas elaboraciones teóricas que hacen posible un marco de interpretación adecuado a la heterogeneidad del mercado, de la sociedad y del Estado, respecto a la manera en que esos diversos actores asumen la mundialización en curso.

En otro trabajo (PRECIADO, 1998) he planteado que la llamada mundialización toma tres vertientes que son diversas entre sí, dependiendo de la organización del eje de acumulación capitalista en torno a las relaciones mercantiles y financieras, de las características político-institucionales del gobierno y del Estado y del papel jugado por la sociedad civil. Así, mediante la trilogía Mercado -Sociedad-Estado, podemos diferenciar una nueva geografía política definida a partir de la integración, y podemos también caracterizar tres vertientes del capitalismo. En esa medida, la versión maniquea del pensamiento único que opone un capitalismo a

* Mexicano. Jaime Antonio Preciado Coronado. Profesor-investigador del Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos (DEILA) del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades (CUCSH) de la Universidad de Guadalajara.

un tipo de socialismo se matiza, al emerger el concepto de capitalismo, en plural, geográficamente diferenciados.

Una primera diferenciación que se puede hacer con esos criterios, nos permite distinguir tres espacios centrales de la integración supranacional: el del Pacífico asiático, donde el comercio administrado propio de la "reforma managerial", es promovido por un Estado capaz de operar aperturas selectivas frente al mercado mundial, a través de una alianza estrecha entre un régimen autoritario y una sociedad protagonizada por los actores empresariales. Otro espacio lo forma la integración comunitaria lograda por la Europa de los 15 países, donde apertura y liberalización económicas se acompañan de nuevas formas proteccionistas que son aseguradas por un Estado que combina sus antecedentes benefactores hacia el interior de los países miembros, con una fuerte presencia estatal vía los bancos centrales y ahora mediante la moneda única, y la operación de un plan industrial que prevé compensaciones y subsidiaridades tendientes a cubrir las asimetrías internas. Además, la fortaleza del sistema político comunitario y de partidos, aunada a una sociedad civil demandante de ciudadanía local, nacional y europea (BORJA, 1996), sirve de contrapeso a las contradicciones despertadas por esa vertiente del capitalismo. Por último, el espacio formado en torno a Estados Unidos, se caracteriza por su apego a la ortodoxia del libre mercado, por su formalismo retórico respecto a la democracia liberal, que la reduce al momento electoral y por tanto, a la delegación extrema de decisiones en las instituciones estatales, así como a la segmentación de la influencia política de la sociedad civil mediante la conformación de poderosos lobbies empresariales. Aunque también otras formas emergentes de ciudadanía, inspiradas en las tradiciones de poder local existentes en la Unión y en las nuevas proyecciones de algo que se dibuja como ciudadanía mundial, juegan un influyente papel en las relaciones internas e internacionales de Estados Unidos.

Estamos, entonces, frente a un mapa en que el mercado es asumido de manera diferenciada según fuerzas políticas y económicas modeladoras de los Estados centrales, donde el ideal pregonado por la ortodoxia neoliberal del Estado mínimo dista mucho de operar, donde la democracia liberal reproduce distintos rasgos

de autoritarismo proveniente del mercado, aunque también recoge procesos democratizadores que nacen en sociedades civiles marcadas, a su vez, por diferencias en sus planteamientos y logros, respecto a los contenidos de ciudadanía, ya sea local, nacional, supranacional o mundial.

Pero ¿qué sucede con los procesos de integración en el caso de los países semi-periféricos o periféricos? La lectura que este trabajo propone de la integración latinoamericana y caribeña, insiste en la configuración de una geografía política que está acotada por nuevas relaciones entre centro y periferia, con la particularidad de que los procesos integracionistas en curso están jalonados por las tres vertientes mundializadoras antes señaladas. Sin que, evidentemente, esas regiones reproduzcan fielmente una u otra versión de esos capitalismos. En todo caso, hay una suerte de mestizaje que resulta de las tensiones presentadas entre las demandas de inclusión que surgen desde la periferia y la manera en que los países centrales incluyen y se disputan esas periferias. Asimismo, conviene precisar que la propia diferenciación geopolítica de las periferias respecto al centro, subraya la diversidad registrada entre América Latina y el Caribe respecto a otras periferias emergentes en disputa de ser incluidas en procesos de integración específicos, como son los casos de Europa del Este, Rusia, amplias regiones de Asia y algunas regiones de África.

No cabe duda que el tercer milenio próximo a nacer puede ser el de la reinención de la historia, pues a diferencia de la tercera posición de quienes desean negarla,¹ podemos constatar críticas cada vez más extendidas de esa entelequia llamada neoliberalismo, incluso desde posiciones antes plenamente identificadas con esa ideología, así como una creciente preocupación por elaborar alternativas viables; llámense la Tercera Vía propuesta por el "tándem" Giddens-Blair (1999), o la vía "Dos y Medio" de Touraine (1998), o las alternativas documentadas desde la diplomacia ciudadana,

¹ Francis Fukuyama, propone en un artículo reciente: "Pensando sobre el fin de la historia diez años después" (*El País*, 17-06-1999), que "nada de lo que ha sucedido en la política o en la economía mundiales en los últimos diez años contradice ... la conclusión de que la democracia liberal y la economía de mercado son las únicas alternativas viables para la sociedad actual."

como es el caso de la "Cumbre de los Pueblos", que prefigura un modelo alternativo a las vertientes del capitalismo dominante.

Una lectura geopolítica

Acusada por su origen bastardo, la geopolítica ha sufrido transformaciones teóricas recientemente, que la van decantando como disciplina y la van separando del uso instrumental que de ella se hizo en la historia (LACOSTE, 1998). Si bien ella sustentó las teorías de superioridad étnica y la definición de espacios vitales para el nazismo y sirvió también para elaborar una doctrina de seguridad nacional autoritaria, comandada por las Fuerzas Armadas del Cono Sur latinoamericano (THUAL, 1996), el debate científico posterior se encarga de desmontar su carácter ideológico y de criticarla como ciencia "aplicada" en beneficio de proyectos fascistas.

De manera complementaria, la Geografía Política, sufre un proceso crítico similar (TAYLOR, 1994). Su objeto tradicional de estudio: la población, el territorio y el gobierno, se limitó, durante las elaboraciones realizadas en el siglo XIX, hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, al análisis de las relaciones internacionales entre los Estados, así como a su configuración nacional. Se redujo así el estudio de la política a los asuntos de Estado, institución a la que se le adjudicó el monopolio del poder, menospreciando los sistemas económicos, sociales y culturales que lo generan. Aunque la importancia estratégica del territorio en las consideraciones teóricas siguió hermanando geopolítica y geografía política.

Según Taylor (1994: 45-48), hay un renacimiento de la geopolítica que se puede explicar por la búsqueda de tres objetivos: para referirse a la creciente rivalidad global en la política mundial de la posguerra; para nutrir la discusión académica, haciendo la revisión historiográfica de la geografía de la guerra y de la paz; y para alimentar la retórica a favor de la guerra fría y del pensamiento geoestratégico, con la que presionaron los grupos promilitares neoconservadores. Se puede añadir que la aparición de una geopolítica más moderna y crítica, responde a su acerca-

miento a nuevas tendencias de la geografía política que aportan un estudio más completo del poder, sin reducirlo a los aspectos militares y de Estado (RAFFESTIN, 1984). Además, el debate sobre la mundialización y el concepto de ordenes geopolíticos mundiales redimensiona la esfera militar y geoestratégica (el orden bipolar, unipolar, o la versión unimultipolar de Huntington, 1999), relacionándola con la economía política del mercado y con los estudios internacionales. En el otro extremo, los estudios locales también enriquecieron el abordaje geopolítico en la medida que acudieron al intercambio de escalas de poder entre lo global y lo local, sin desconocer otras mediaciones geoinstitucionales como la escala del Estado nacional (LACOSTE, 1998), o la de regiones subnacionales (REVEL-MOUROZ, 1989), o la de empresas (LIPIETZ, 1997), o la de nuevos movimientos sociales demandantes de ciudadanías multiculturales que se ejercen al nivel local, supranacional o hasta mundial (LE BOT, 1995).

La lectura geopolítica de la integración que propongo supone retomar tres enfoques que son complementarios entre sí:

La *Geografía Política del Sistema-Mundo*, que aporta Taylor siguiendo a Wallerstein, la cual conceptualiza el cambio social en sus diversas escalas socio-espaciales, de acuerdo con el método braudeliano que combina la historia de larga duración de la estructura económica, socio-cultural y ambiental, con la historia episódica, propia de las coyunturas políticas que son animadas por actores del Estado y de la sociedad, lo cual se complementa con la crítica neomarxista de las teorías del desarrollo de la ciencia social moderna, de pretendidos alcances universalistas homogeneizantes. A través de este enfoque se explican las bases materiales del poder que diferencian una estructura espacial jerarquizada entre centro, periferia y semiperiferia; la definición de un mercado mundial único, ámbito de la realidad rebelde abarcante, relacionado con un sistema de múltiples Estados, ámbito de las instituciones y de la ideología, y de innumerables localidades, que representan el ámbito de la experiencia directa, cotidiana.

Este enfoque permitirá situar algunas de las paradojas que acompañan a la integración latinoamericana y caribeña, como son: la heterogeneidad de los esquemas integradores, de los países y de

las regiones subnacionales, en su tensión permanente con las tendencias homogeneizantes de la globalización comercial. La pregunta es cómo se puede superar la clásica división desarrollo - subdesarrollo (Gunder Frank, 1998); y cómo la dialéctica inclusión-exclusión, fija las reglas para los participantes en la integración que, a su vez, se enmarca en la Nueva Agenda Mundial que define el centro para la periferia.

Un segundo enfoque, lo constituye la *Geopolítica del Caos*, según lo propone Ignacio Ramonet (1997). Este enfoque plantea que los procesos dinámicos de orden -fragmentación, integración- desintegración, presentan el aspecto de un gran caos. La metamorfosis del poder no ha dejado más que una gran potencia: Estados Unidos, cabeza de un orden geopolítico unipolar, mientras que las instancias de regulación económica internacional (G-8, OCDE) presentan un aspecto multipolar, en el que la economía dicta las leyes. Las redes de poder que sostienen las transnacionales, los medios de difusión, los grupos de presión e incluso las Organizaciones No Gubernamentales, anuncian también una mutación del poder que puede presentar turbulencias, tendencias caóticas, pero que también registra un tránsito de formas autoritarias, jerárquicas, verticales, a formas de poder negociadas, reticulares, horizontales, que no tienen precedente, las cuales organizan nuevas relaciones entre el caos y un nuevo orden potencial.

Sin embargo, hay conflictos y amenazas de nuevo tipo: la unificación económica de procesos que son planetarios, permanentes, inmateriales e inmediatos, enfrenta la desintegración que conlleva el renacimiento de nacionalismos e integrismos; esa unificación choca con Estados que son divididos por los reclamos independentistas minoritarios, y por demandas descentralizadoras frente a poderes centrales asfixiantes. Además, las redes mafiosas internacionales y el crimen organizado, constituyen nuevas amenazas contra la seguridad pública y el Estado de Derecho. Percibidas por los Estados ricos como una amenaza, las migraciones debidas a la pobreza, el incremento de la desigualdad en el ingreso y el desempleo, cuestionan el supuesto orden neoliberal. De hecho, no hay una percepción unánime sobre la amenaza que representa uno de los motores del caos; el sistema financiero mundial, en

torno del cual gira una nueva estructura de poder centralizada en unos cuantos actores sociales, que es tan poderosa como jamás otra lo fue en la historia. La ciudadanía y la democracia son presas del caos, pero también de nuevas tendencias de un orden más complejo, cuyo desafío es la gobernabilidad democrática.

Otro gran caos es producido por la destrucción sistemática de los recursos naturales y la contaminación; el principal responsable de ello es el productivismo a ultranza, aunque la explosión demográfica del Sur también aporta elementos caóticos. Por su parte, los desastres ecológicos, aunados a los desastres industriales, crean también escenarios del caos y el rápido proceso de urbanización que conlleva un irracional consumo de energía, pone en crisis la biodiversidad, generando así desequilibrios ambientales que ponen en riesgo la vida humana.

La ciencia y la tecnología reúnen triunfos y peligros; su contribución al caos es quizás más importante que su aporte al bienestar y a la democratización del saber y tener. La manipulación genética y la biotecnología dominan nuevos escenarios productivos y la revolución en las telecomunicaciones y la informática produce nuevas divisiones en el ámbito internacional entre las economías de punta y los excluidos; surgen así nuevas categorías sociológicas producidas por el caos, como "inforicos" e "infopobres", que son derivadas de la monopolización de la investigación-desarrollo. Frente a la era Internet se organiza la Sociedad Red (Castells, 1999), un tejido de relaciones sociales de alta potencialidad que despierta, sin embargo, un auge de lo irracional al nivel de supersticiones y del pensamiento mágico-religioso, que limita las respuestas organizadas y organizadoras del caos geopolítico.

El tercer enfoque utilizado se refiere a la *Geopolítica del Sentido* (LAÍDI 1998); una elaboración teórica que reconoce ciertas mediaciones entre un cuadro nacional muy exiguo, que es funcionalmente inoperante, aunque aún nuclea referencias identitarias todavía irremplazables, y un mundo demasiado vasto, funcionalmente indispensable, pero que tiene una dimensión identitaria insatisfactoria. Ambos se ligan a través de espacios de sentido, que no parten de criterios rígidos de inclusión-exclusión, sino que son espacios cuyas fronteras son inciertas. En ellos, se expresa una

identidad colectiva singular que puede combinar una densidad política específica, una racionalización económica, e incluso un proceso de legitimación político-cultural. Se trata de la construcción de un "nosotros" con significados regionales comunes, que se adecua a las interrogantes cualitativas planteadas por este análisis de la integración latinoamericana y caribeña.

Esos espacios simbólicos, propios de imaginarios colectivos, no forman espacios públicos transnacionales, sino una base de estabilidad regional que aporta pluralidad al proceso de mundialización. A partir de cuatro características, la pluralidad toma sentido: 1) la modernidad ya no es exclusivamente occidental; 2) la autoridad ya no es solamente estatal; 3) las verdades no se viven más con un sentido universalista-occidental; y 4) la organización geopolítica del mundo ya no es más bipolar.

La pluralización del mundo se explica, en primer lugar, por la descentralización de la modernidad: multiplicación de lugares que la "poseen", redistribución de hegemonías diferenciadas según regiones, mercados, empresas, procesos de convergencia regional, flexibilización laboral y heterogeneización del consumo, así como por el privilegio de relaciones multilaterales por encima de las bilaterales. Asimismo, la autoridad también se descentraliza a la par que los actores se diversifican del ámbito interestatal al social o al religioso. Ello se acompaña, en segundo lugar, de una deslocalización de la producción de sentido que se apoya en la mundialización audiovisual, en las migraciones masivas y en la formulación misma de identidades supranacionales que, sin embargo, regionalizan la producción de sentido. Idea que sería aplicable a la latinoamericanización de Estados Unidos, desde donde se fortalecen identidades regionales nacionales de nuestros países.

En tercer lugar, ambas descentralizaciones, la del poder y la de la autoridad, tienen como consecuencia el auge del relativismo, cuyo particularismo no se sabe hacia donde conduce: si al relativismo radical, o hacia un neo-universalismo más concreto, abierto y plural. Espacio donde la reivindicación étnica o regionalista juega un papel clave.

El fin de la guerra fría, es la cuarta variable explicativa de los espacios de sentido regional. Por naturaleza, el periodo de la

guerra fría privilegió las afiliaciones identitarias a los bloques más que a regiones específicas. Llegado el fin de esa época, se registra un descentramiento de los ejes geoestratégicos e ideológicos hacia el mercado y hacia la diversidad cultural, lo cual no hizo desaparecer los conflictos armados localizados, ni el riesgo del incremento del poder mafioso militar en la desregulación societal, sino que los encuadra en otras coordenadas de confrontación multipolar.

¿Cómo se constituye el espacio de sentido en un espacio público? Laïdi (1998), identifica tres dinámicas que se entrecruzan: 1) la creación de un espacio deliberativo donde participan actores públicos y privados, con el fin de plantear y resolver problemas comunes regionales; 2) la producción de preferencias colectivas, o de aportes originales, propios al espacio de sentido en cuestión, dentro del juego mundial; y 3) la capacidad para transformar esas deliberaciones o aportes colectivos regionales, en un mejor desempeño político ("performance"), que es medible en sus resultados.

El debate entre Latinoamericanismo o Bolívarismo y Panamericanismo, puede cobrar otras dimensiones si se incorpora esta discusión sobre la creación de espacios de sentido en la integración regional en curso.

Unipolaridad estratégica, multipolaridad económica

¿Hay un orden mundial de la posguerra fría? Ya he citado algunas referencias al periodo de transición que significa el paso de la confrontación bipolar Este-Oeste, a la constitución de una sola potencia mundial en el terreno estratégico, demostrada en su capacidad de intervención militar planetaria, en el control mayoritario del armamento nuclear y en su liderazgo para conducir las guerras que definen cuatro nuevas coordenadas de confrontación: la injerencia "humanitaria", bajo pretextos de preservación democrática o de Derechos Humanos, el combate al narcotráfico, al crimen organizado y al terrorismo internacional. La confrontación militar entre bloques y las pugnas ideológicas, cedieron su lugar a las guerras focalizadas sostenidas por instancias multilaterales (Irak, Kosovo), a la hegemonía del mercado en las relaciones internacionales y a

rivalidades político-militares localizadas que se suman, aunque no siempre coinciden las dos, con rivalidades culturales regionales, sin que ello implique aceptar la hipótesis de Huntington (1993), sobre el choque de civilizaciones.

El nuevo escenario no tiene una matriz definida de manera unívoca por conflictos geoeconómicos o geoculturales, sino que es resultado de combinaciones especiales que son producto de continuidades provenientes del viejo orden y de rupturas aportadas por la nueva estructura de poder mundial. Un análisis geopolítico de ese tránsito nos permite apreciar los cambios entre la guerra fría, cuando había preeminencia del Estado sobre la sociedad, del factor militar sobre el político-diplomático, de los conflictos interestatales alineados en bloques ideológicos y no en regiones, hacia una organización diferente de las relaciones mundiales, en la que la trilogía Estado-mercado-sociedad, genera nuevas correlaciones de fuerza y, como ya se dijo, una retícula de poder compleja, descentralizada, cuya comprensión requiere de un cambio continuo en la escala de análisis. De esa manera se puede entender la dinámica relación entre esos centros económicos del orden multipolar, su competencia por hegemonizar periferias y por construir semi-periferias afines, de la cual resultan posiciones cambiantes de hegemonías y subhegemonías, según la escala analizada. Además, sin caer en la visión instrumentalista de la lucha por espacios vitales, o sin aceptar el argumento de los "imperativos geopolíticos territoriales", hay intereses geoestratégicos vinculados con la sustentabilidad del desarrollo que persisten en la escena mundial.

En síntesis, la ruptura o las discontinuidades respecto al viejo orden que caracteriza a la posguerra fría, produjeron un orden unipolar en lo estratégico y multipolar en lo económico; mientras que la continuidad entre lo viejo y lo nuevo, se mostró en la persistencia de códigos geopolíticos que encuadran la apropiación hegemónica de los recursos estratégicos, que permanecen anclados al cambio tecnológico y a la innovación productiva. La geopolítica de la integración se define, entonces, en el marco de una tensión entre la regionalización económica preferentemente comercial y prioritariamente selectiva, que se acota a través de una agenda internacional cuyos contenidos y participantes imponen los

países centrales, y una creación de espacios de sentido regional, que privilegia agendas multilaterales, que incluye los temas de la cooperación y de la concertación política y que tiende a crear espacios deliberativos entre actores centrales y periféricos. Formas de integración que suponen una agenda social y un desempeño económico asociado a la gobernabilidad democrática regional y nacional.

Dentro de esas tendencias mundiales de integración se ubica la rivalidad entre neo-panamericanismo y neo-bolivarismo. Dos imaginarios que se excluyen mutuamente, aunque ambos estén sujetos a nuevas coordenadas geopolíticas Norte-Norte, respecto a la competencia entre los centros por ganarse las periferias; Norte-Sur, respecto a la lucha de las periferias de convertirse en semi-periferias; o Sur-Sur, donde se ubican polos de resistencia desde las periferias que encierran, eventualmente, cierto potencial para transformar los poderes centrales.

Las nuevas coordenadas geopolíticas de la integración

De forma general, las consideraciones sobre los cambios geopolíticos en el continente americano responden a dos cuestiones clave:

1. Al tipo de relaciones norte-norte que se han generado después de la guerra fría, cuya característica principal es la recomposición de fuerzas que definirá en qué espacio dominante tendrá lugar la formación del nuevo poderío mundial, si en el pacífico norte (con Estados Unidos y Japón como actores centrales de los conflictos o las alianzas de esta zona) o en el mediterráneo (bajo el esquema integrador de la Unión Europea, el cual podría extenderse hasta la Europa central). La competencia por el liderazgo del nuevo entorno mundial, depende de la capacidad instalada que las potencias posean para apuntalar la producción industrial de bienes y servicios altamente tecnologizados, así como el control de recursos estratégicos, que favorezcan a sus principales circuitos de producción y distribución. Como consecuencia de esta lógica de mercado, a las dinámicas de dependencia, explotación y subdesarrollo que históricamente han dirigido las relaciones entre países del capitalismo central y sus

periferias, se suma una nueva forma de relación: la de inclusión-exclusión. En los próximos años, los líderes de la relación norte-norte determinarán qué regiones serán integradas a sus procesos de formación de bloques y que países serán excluidos. Algunas de las semiperiferias, hoy caracterizadas como economías emergentes, tratarán también de influir sobre esas decisiones.

2. Por otro lado, las transformaciones geopolíticas americanas son consecuencia de la relación compleja que se establece entre el poder hegemónico de los Estados Unidos y las fuerzas productivas transnacionales de origen estadounidense. Lo anterior no es casual; de las primeras 500 empresas transnacionales del mundo, 162 de ellas (32.4% del total) son de origen estadounidense; los Estados Unidos poseen 25 empresas transnacionales en la lista de las 50 más grandes y 4 empresas de refinación de petróleo entre las diez mayores (El Financiero, 02/08/97:30); 3 empresas estadounidenses (General Electric, Microsoft Corp y la reciente fusión Exxon/Mobil) son las mas grandes capitalizadoras de mercado en el mundo (El Occidental, 07/11/98). Además, los gigantes en las comunicaciones mundiales (AT&T y MCI) también tienen su sede en Estados Unidos. En esta relación compleja, el gobierno estadounidense y las transnacionales intercambian papeles directrices en los procesos de integración, que terminan por definir los requisitos para ser incluidos. Mientras que el poder hegemónico estadounidense asume el papel de conductor de una nueva ambientación política, jurídica y militar, que se impone al nivel hemisférico, son las compañías transnacionales las que califican el valor estratégico de los mercados continentales y las regiones que son objeto de la inversión privada, mediante criterios financieros que se conocen como de riesgo-país. Las transformaciones democráticas latinoamericanas, la adopción de políticas de apertura comercial y la obediencia a las políticas de ajuste estructural, no son suficientes para garantizar la inclusión en los procesos de integración hegemónicos. En todo caso, existe una calificación más fina, que tiene que ver con las condiciones específicas que requieren las cadenas productivas, lo cual depende de las transnacionales.

3. Lo esencial de las relaciones interamericanas puede explicarse por las tomas de decisión empleadas para lograr una posición territorial estratégica, frente a las relaciones norte-norte y frente a la armonización compleja del poder estadounidense y sus compañías transnacionales. En América existe un sólo esquema de integración centro-periferia en donde el posicionamiento estratégico asimétrico se está reflejando en instituciones y en el cual las reglas del juego comercial están siendo explicitadas: el Tratado de Libre Comercio para América del Norte (TLCAN), el cual sin dejar de ser un modelo de integración subordinada, se diferencia del resto de esquemas integradores americanos, por su tendencia a formalizar las relaciones hegemónicas en la institucionalidad del esquema integrador.
4. Si bien el MERCOSUR intenta también constituirse como semi-periferia, mediante la lucha multilateral por su inclusión en las relaciones norte-sur, hay algunos países, como Chile o Panamá, que pugnan por ser incluidos en estas coordenadas geopolíticas norte-sur, mediante relaciones bilaterales. Otros procesos latinoamericanos y caribeños con objetivos integradores, como el Sistema de Integración Centroamericana (SICA), la Comunidad Andina (CAN), el Mercado Común Caribeño (CARICOM), y el G-3 intentan posicionarse como bloque sur-sur ante la exclusión, jugando el papel de eventuales relevos en la constitución de las semiperiferias cuyo liderazgo reclaman México, Argentina y Brasil. Un caso diferente lo representa la Asociación de Estados del Caribe (AEC), que intenta constituirse en espacio de concertación política y de cooperación para el desarrollo, pero que permanece atado a la influencia de subhegemones, en particular de México. Por su parte, la ALADI, también se propone influir sobre las nuevas coordenadas norte-sur, a través del fortalecimiento inicial de las relaciones entre economías del sur, que luego sirva para negociar mejores términos de inclusión con el norte. Lo cual no pasa por la constitución de semiperiferias subregionales, sino por la de una región semiperiférica.

El norte en batalla por las periferias

La geopolítica estadounidense ha manipulado al comercio como estrategia de su poderío. En la nueva dimensión competitiva de las relaciones norte-norte, que tiene como característica la disminución del poder económico de los Estados Unidos, frente a los otros dos espacios competitivos, ésta constante se ha mantenido. Desde los años setenta la economía estadounidense mostró un decrecimiento sostenido, el cual pasó de un promedio de 2.79% de crecimiento durante los 70, a un 0.9% en 1990, alcanzando un decrecimiento del -0.5% en 1991. La balanza comercial de 6 industrias estratégicas norteamericanas se sostuvo negativa desde principios de los 70 hasta finales de los ochenta; la mas notable fue la industria automovilística, que en 1987 llegó a registrar un déficit del 60% en su balanza comercial; en ese mismo año, la industria textil tuvo también una balanza deficitaria de aproximadamente 25%; seguida además por el giro de semiconductores, computadoras y copiadoras con un 15%; por la electrónica de consumo con un 11%; la producción de acero con un 6% aproximadamente y el sector de máquinas y herramientas con un 1.4% (Kennedy, 1993:447;454).

Se acusa de este decremento al alto porcentaje de PNB que fue dedicado al renglón de la defensa durante la guerra fría (en un orden promedio del 6%), pero también se acusa a la estrategia que fue seguida por la política de contención estadounidense, que consistió en la apertura de su mercado nacional, después del desgaste del Plan Marshall y la caída del sistema de Breton Woods. La administración Reagan no optó por el libre comercio, sino por el proteccionismo de su mercado; así, el "recalentamiento de la guerra fría" ofreció un excelente pretexto para subsidiar el nuevo desarrollo industrial: "por medio de los gastos militares el gobierno de Reagan aumentó la proporción estatal en el PIB a mas de 35 por ciento hasta el año de 1983, un incremento mayor al 30 por ciento, comparado con la década anterior. La guerra de las galaxias fue vendida al público como "defensa" - y a la comunidad empresarial como subsidio público para la tecnología avanzada-"(Chomsky, 1995:31). Si bien el esfuerzo reaganiano rindió frutos

económicos, según una estadística mundial sobre los países con mayor crecimiento en 1993, los Estados Unidos se ubicaban entre los 20 de "en medio", ocupando el lugar 32 de la tabla general, después de Japón que se ubicaba en el sexto lugar, y de Alemania en el 28 (Lodge, 1996:93).

Con la administración Clinton la economía estadounidense se comenzó a crecer. Según un reporte del Fondo Monetario Internacional sobre crecimiento mundial y previsiones, los Estados Unidos han crecido un 3.9% en 1997, un 3.5% en 1998 y se espera un crecimiento del 2% en 1999 (El Occidental, 05/10/99); además según las previsiones de la OCDE se espera que el crecimiento estadounidense en el año 2000 sea de un 2.2%, mientras el déficit público norteamericano baja de un 1.6% registrado en 1998 a un 0.6% para el 2000; aunque el desempleo llegue a un 5.4% y la inflación a un 1.8% en ese mismo año (El Occidental, 30/11/98). En un balance general con sus potencias competidoras, Estados Unidos se encuentra por ahora a la cabeza del crecimiento, seguido muy de cerca por Alemania quien se ha mantenido en un crecimiento promedio del 2.3% desde 1997 y se espera que ese país se mantenga en un rango del 2.5% para el año 2000. Entre las tres economías centrales, el caso más importante de desaceleración es Japón que en 1998 reportó, incluso, un decremento del -2.5% y la previsiones para el año 2000 ubican su crecimiento en apenas un 0.7% (El Occidental, 05/10/99; 30/11/98).

Pese al panorama de la recuperación estadounidense, basada sobre todo en el proteccionismo de su mercado interno y la promoción externa de las bondades del libre mercado, los balances comerciales siguen registrando un alto grado de contracción. En 1998 el déficit comercial de Estados Unidos aumentó un 53% y llegó al nivel más alto de su historia con unos 168,600 millones de dólares de pérdidas, lo cual representa una baja en las exportaciones del orden del 0.7%. Esta fue la primera reducción de las exportaciones estadounidenses desde 1985, lo cual repercutió en un incremento de las importaciones en las áreas estratégicas de telecomunicaciones, industria aeronáutica civil y material informático, entre las principales. El resultado de este déficit comercial ha provocado descontentos del sector privado estadounidense, que según

información del País Digital (20/02/99) "piden la imposición de barreras comerciales y otras medidas proteccionistas". La competencia con los mercados de alta tecnología se vuelve clave, entonces, en la estrategia geopolítica de los Estados Unidos, debido a que el dominio de la producción de bienes con alto contenido tecnológico, es una de las condiciones para llegar a ser el nuevo centro económico del mundo. Lo anterior hace que las relaciones de los Estados Unidos con Asia y con Europa unificada sean las que adquieran mayor grado, porque las motivaciones estadounidenses para priorizar sus vínculos con los países desarrollados implican una carencia estratégica fundamental; mayor alcance, debido a que es con esas regiones con las que los principales circuitos productivos se encuentran en competencia.

Los problemas de la economía estadounidense obligan a Washington a mantener una actividad muy intensa hacia los países en desarrollo, haciendo valer su peso político y militar para equilibrar los desajustes en materia económica. El interés y el protagonismo diplomático mostrado por Estados Unidos hacia Europa central ex-comunista, hacia la propia Rusia, hacia los tigres asiáticos y hacia medio oriente, son también producto de la competencia de Washington por las áreas periféricas naturales de la Unión Europea y de Japón. De esa forma, el hegemon político no sólo disputa a sus competidores las principales fuentes de abastecimiento energético y las zonas militarmente estratégicas, sino también los mercados y las rutas comerciales que fortalecerían los proyectos de sus rivales. Estrategia que obliga a que gran parte de las energías norteamericanas se dirijan prioritariamente hacia esos espacios periféricos.

De hecho el proyecto estadounidense por la competencia hegemónica, comienza a tomar dos tintes fundamentales: por un lado, Estados Unidos busca obtener el dominio de las reglas del mercado mundial, lo cual le permitiría mantener la condición de excepcionalidad de la que goza en materia de subsidios y proteccionismo interno; por otra parte, de forma muy específica, Washington se ha planteado como Gran Estrategia el control de las telecomunicaciones del siglo XXI: en otras palabras, la privatización de las redes electrónicas mundiales, a favor de las empresas norteamericanas que generan contenido (identidad, consentimiento-

to, cultura). La primera característica de dicho proyecto, ha sido descrita por Richard Haass, ex consejero del presidente George Bush: "el objetivo de la política externa estadounidense consiste en 'mejorar' junto con los actores que comparten las mismas ideas, el funcionamiento del mercado y reforzar el respeto de sus reglas fundamentales. De ser posible por las buenas, y de ser necesario por la fuerza. En última instancia, la regulación del comercio internacional es una doctrina imperial en el sentido que busca promover un conjunto de normas con las que estamos de acuerdo" (Schiller, 1999:1).

Por su parte, David Rothkopf director general de la oficina de consultoría de Henry Kissinger afirma también que "para Estados Unidos, el objetivo central de una política exterior en el área de la información debe ser el de ganar la batalla de los flujos de información mundial, dominando las ondas hertzianas, así como Gran Bretaña reinaba antaño en los mares" (Schiller, 1999:18). Las acciones por la conquista del ciberespacio han comenzado a ser tomadas, en 1993 el presidente Clinton anunció la autorización para formar la Infraestructura Nacional de Información (NII por sus siglas en inglés), a cargo de empresas privadas, la cual se encuentra ofreciendo entretenimiento, ventas, educación, servicios de salud e información, las 24 horas a los hogares estadounidenses vía internet. La versión mundial de la NII es la Infraestructura Global de Información (GII por sus siglas en inglés). Asimismo, en julio de 1997, el presidente Clinton avaló la creación de un "Marco General para el Comercio Electrónico Mundial", el cual promulga la necesidad de un ambiente de "libre competencia" en lo que se refiere a los mercados informáticos.

Si se toma en cuenta que son siete las potencias que concentran el 70% del ingreso mundial en telecomunicaciones (Estados Unidos con el 34.6% del total, Japón con el 13%, Alemania 8%, Francia y Reino Unido con alrededor del 4.6% y Canadá con 2.1%), según el Informe sobre Desarrollo Mundial de las Telecomunicaciones 1995, presentado por la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT) (El Financiero 21/07/99); y si además se advierte que son también esos siete países (otrora miembros del llamado Grupo de los 7, antes de la inclusión de Rusia), los que

acaparan aproximadamente el 70% de la producción industrial bruta del mundo, el 50% de la capacidad de compra mundial, el 38.3% de las reservas internacionales de divisas (Aguirre, 1998:254), se comprenderá la razón por la que la Gran Estrategia estadounidense se dirige prioritariamente a sus relaciones norte-norte.

En este marco, las áreas periféricas son relegadas o se destinan a ser incluidas bajo los intereses de los países dominantes. Y esa tendencia muestra que la periferia latinoamericana y caribeña no es prioritaria en la geopolítica de Estados Unidos. En la disputa por la hegemonía, Washington prefiere jugar en el territorio de sus competidores, de tal manera que, aunque Latinoamérica sea el tercer destino del comercio estadounidense, representando un 20% de las exportaciones norteamericanas, la intensidad, peso y grado de las relaciones norte-norte, y la disputa por las otras periferias matizan la importancia estratégica de las economías latinoamericanas.

Las agendas de la integración en América Latina y Caribe

Para entender las nuevas formas que han aparecido en la geopolítica continental, desde el lente de lo que ya se ha descrito como la geopolítica del caos, se debe tener presente que la dinámica de inclusión-exclusión se constituye en el factor de reordenamiento periférico, generando un proceso muy activo con el fin de definir las configuraciones que tendrá el proyecto de integración hegemónico (con el TLCAN, y el Área de Libre Comercio de las Américas como puntas de lanza), así como los otros proyectos de la relación norte-sur y sur-sur, que existen. La dinámica de inclusión-exclusión ha generado directrices para que los países periféricos del continente adopten una serie de reformas a la estructura del Estado y del mercado, con el fin de ser tomados en cuenta en una posible inclusión. Tanto la reforma del Estado como la reforma del mercado, se encuentran divididas en tres agendas estratégicas, las cuales se interpretan como las condiciones para que un país latinoamericano o caribeño -con sus distintas asimetrías- sea integrado o excluido de proyectos como el TLCAN o el ALCA: la primer

vertiente se trata de las condiciones impuestas por los temas mundiales de la llamada Nueva Agenda Internacional (NAI), que se cumple por medio de una serie de actitudes éticas que deben guardar los Estados-nación en el siglo XXI. La segunda vertiente se refiere a las condiciones impuestas por los Intereses Estratégicos de las Empresas Centrales (IEEC) hacia su zona periférica americana, y la tercer vertiente es la que contiene los Temas Estratégicos no sujetos a las negociaciones del Libre Comercio (TNLC).

Las condiciones que se derivan de la Nueva Agenda Internacional, son una serie de exigencias formales, que el hegemon estadounidense impone a los países que aspiran a ser periferia del proyecto hemisférico. En ella, se resumen los acondicionamientos políticos y sociales que garantizan la estabilidad necesaria para la generación de negocios. La Nueva Agenda, cuenta con dos fases de reformas sociales que hay que cumplir, una de acomodados sociopolíticos generales y otra de profundización en la estabilidad política. El Estado-nación que desee ser incluido debe transitar por ambas. La primera fase se refiere a (PRECIADO, 1998):

- 1) Instituir la democracia formal liberal como sistema de gobierno y realizar periódicamente elecciones -lo cual insiste en los aspectos rituales de la votación y en menor grado en la legalidad. Se deja de lado la equidad de los resultados electorales, y no se incluye la democracia social participativa y directa en el debate político, en tanto que este pueda poner "nerviosos" a los mercados financieros. Uno de los argumentos político-ideológicos para convocar a la Cumbre de Miami de 1994, fue que en todos los países americanos y caribeños, con la excepción de Cuba, se había llegado al gobierno, durante los años recientes a través de las urnas. Sin embargo, no se tomó en cuenta que varios gobiernos habían llegado al poder por medios fraudulentos (México, Panamá, República Dominicana, etc.) que habían sido contestados internamente, ni se consideró que la competencia había sido inequitativa en varios casos (los países centroamericanos, con excepción de Costa Rica, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, etc.). Aunque la mayoría de los países de la región contaban con gobiernos responsables frente al ciudadano y se avanzaba en el respeto de los derechos civi-

les y políticos, así como en la libertad de asociación, las elecciones libres y justas no se generalizaron en esta área. En los hechos, persisten algunas democracias "parciales", con resabios autoritarios (México, Guatemala, El Salvador, Perú), donde se limita la libertad de expresión, se violan sistemáticamente los derechos humanos, tema de otra política hemisférica de Washington que se aplica de manera sesgada, y se impide la libre asociación ciudadana. La inestabilidad y el déficit de gobernabilidad democrática pronostican un futuro incierto para los regímenes políticos del área. Si bien el Mercosur neutralizó tendencias golpistas en Paraguay, y la confiabilidad en los procesos electorales es creciente, dada la consolidación de un sistema de partidos competitivo y de una sociedad civil participativa y fiscalizadora, hay factores que vulneran la legalidad democrática, como son: el retorno de liderazgos caudillescos (Perú, Ecuador, Venezuela), la persistencia de guerrillas sin que medien negociaciones de fondo (México, Colombia), o de procesos pacificadores inconclusos (Guatemala, Nicaragua, El Salvador).

- 2) Implementar políticas de protección y saneamiento del medio ambiente. En América Latina el cuidado al medio ambiente es tradicionalmente un tema estrechamente vinculado al desarrollo y la pobreza. Una iniciativa relevante en este sentido fue el informe de la Comisión Mundial para el Medio Ambiente y el Desarrollo de la ONU titulado "Nuestro Futuro Común" realizado en 1987 (Urquidí, 1990), el cual difundió el concepto de desarrollo sustentable. La protección del medio ambiente es una exigencia que se reconoce como un avance de las sociedades civiles, aunque los Estados Unidos lo asumen convenientemente como discurso oficial, ya que se trata también de que las cadenas productivas del centro dependen de la capacidad periférica para recibir sus impactos contaminantes, prueba de ello son los compromisos ambientales con los que Washington presionó a México para la firma del TLCAN. Las iniciativas para un desarrollo sustentable, no se han basado en una responsabilidad compartida entre los países pobres y ricos, cuestión que quedó clara con la actitud estadounidense mos-

trada durante la Cumbre de la Tierra realizada en Brasil en 1992, donde este país se resistió a fomentar cambios en su estilo de producción, pese a ser el mayor contaminante del continente. No obstante lo anterior, según una consulta realizada en febrero de 1997 sobre los progresos en los acuerdos tomados por Cumbre de la Tierra, se destaca que Latinoamérica ha registrado un gran ajuste institucional para la implementación de programas de desarrollo sustentable y en los últimos cinco años, se han establecido una gran cantidad de organizaciones de la sociedad civil dedicadas a los temas medioambientales. La región más avanzada al respecto es Centroamérica, la cual ha suscrito y ratificado convenios sobre biodiversidad, cambio climático y conservación de bosques y ha creado organismos regionales para su implementación, como el Consejo Centroamericano de Áreas Protegidas (CCAP), el Consejo Centroamericano de Cambio Climático (CCCC) y el Consejo Centroamericano de Bosques (CCAB). En la creación de los Consejos Nacionales de Desarrollo Sostenible, es también Centroamérica la que ocupa el primer lugar, seguida por el Grupo Andino y el Caribe; en el Cono Sur no se registra aún la instalación de este tipo de consejos. Como la misma consulta reconoce, el mayor problema con el que se han encontrado los ajustes institucionales ha sido la obtención de los recursos financieros que permitan llevar a cabo la efectiva implementación de políticas de desarrollo sustentable, de tal forma que mientras se experimentan una serie de reformas legislativas y organizacionales que crean nuevas burocracias, el deterioro del medio, mantiene sus niveles alarmantes. (<http://www.ecouncil.ac.cr/rio/regional/america/amlatspa.htm>).

- 3) Garantizar la protección a los derechos humanos, como respuesta a la impunidad gubernamental que provocó problemas sociales en los años precedentes. El proceso de institucionalización de esta exigencia de la Agenda, se ha concretizado en la aparición de comisiones oficiales, que disputan un lugar a las ONGs que existen. El caso paradigmático es el de México que ha elevado a la Comisión Nacional de Derechos Humanos a un rango constitucional y le ha otorgado autonomía en su

manejo público. No obstante estos avances jurídicos, la impunidad y la violencia han ganado terreno en América Latina. Según el estudio sobre El Crimen y la Violencia en América Latina y el Caribe, realizado por Banco Mundial en 1997 "la tasa regional de homicidios es de 20 por cada 100 mil habitantes, aproximadamente, lo que define a América latina y el Caribe como la región más violenta del mundo" (Siglo 21, 28/04/97). En el orden de homicidios el primer lugar lo ocupa Colombia, seguido por Brasil y en tercer lugar México. Pero el caso destacado de la impunidad gubernamental es Brasil, que ocupa el primer lugar de la violencia policial latinoamericana. Por otra parte, en lo referente a los llamados derechos económicos, sociales y culturales Latinoamérica padece de un gran déficit. Según estimaciones recientes del Banco Mundial 110 millones de personas en el subcontinente viven con menos de un dólar al día, cifra bastante baja en comparación a datos de la CEPAL que estiman un total de 209 millones de pobres (ESTAY, 1998). Brasil es el país que menos gasta en salud en relación al PIB en América Latina y el séptimo país con mayor tasa de analfabetismo en el mundo; la razón principal es la elevada polarización del ingreso: "el 10% de la población goza del 51.3% de la renta y el 40% de los más pobres tienen sólo el 7%", con lo que Brasil ocupa el primer lugar mundial de países con peor distribución del ingreso (ROMAN, 1998). Por su parte en México el 85% de la población vive debajo de la línea de pobreza (Terre des Hommes, 1997); en 1997, unos 97 millones de mexicanos "apenas podían adquirir el 46% de la canasta básica" (ALONSO, 1998). Bolivia, Rep. Dominicana, Ecuador, Guatemala, Haití, Honduras y Nicaragua, destacan en la lista de países de bajos ingresos y déficit alimentario de acuerdo con un informe de la FAO elaborado en 1996 (Siglo 21, 18/11/96).

En general la primera fase de la Nueva Agenda muestra un avance en los ajustes institucionales implementados por los gobiernos, pero un déficit en la implantación efectiva de políticas públicas que se reflejen en resultados concretos. La segunda fase de la Nueva Agenda se encuentra en marcha actualmente en las

reformas institucionales de los gobiernos e incluye: 1) subsanar el déficit en la impartición de justicia, con el fin de legitimar el sistema judicial ante los altos niveles de corrupción que se registran en el subcontinente; en este sentido es significativa la reciente aparición de un "índice de percepción de la corrupción", en el mundo, propuesto por la OCDE, en el que Paraguay, Honduras, Colombia y Venezuela, están entre los primeros 7 países más corruptos en el mundo 2) fomentar programas educativos ligados al libre comercio y al desarrollo sustentable; en donde destacan los impulsos de apoyos de los países centrales para la investigación en estas áreas; y 3) establecer políticas sociales que disminuyan el impacto de las políticas de ajuste estructural, cuyos casos destacados como proyectos piloto fueron el Programa Nacional de Solidaridad impulsado por México, y el Plan Real brasileño.

En lo que se refiere a las condiciones impuestas por los Intereses Estratégicos de las Empresas del Centro, es necesario tener presente que estas condiciones representan la base de las prioridades del proceso integrador, es decir, en el proceso de inclusión-exclusión de territorios, estas condiciones son las realmente contundentes. Se puede haber cumplido con la Nueva Agenda, pero si los intereses reales del centro no son cubiertos, la inclusión seguirá siendo un fantasma. Los Intereses Estratégicos tienen dos áreas simultáneas de desarrollo: la primera se refiere al acondicionamiento económico e incluye exigencias como:

- 1) Ser un mercado atractivo y con flujos históricos de comercio con el centro. En este sentido, las zonas hemisféricas que registran mayor intercambio comercial con los Estados Unidos son Canadá, México, Centroamérica y el Caribe. En 1995 Canadá destinaba a la Unión Americana el 80.4% de exportaciones y compraba el 66.7% de importaciones (Red Mexicana de Acción frente al Libre Comercio, 1993: 26; El Estado del Mundo, 1999). Para México 1997 fue un año importante en su relación con E.U., mientras en 1980 las exportaciones mexicanas a este país representaron un 64.6% del total y las importaciones un 62%, después de 17 años las cifras habían pasado a un 83.8% y un 75.6% respectivamente, en el marco del TLCAN (El Financiero, 06/05/97:10). En Centroamérica los

Estados Unidos siguen siendo los actores principales del comercio. El total del Istmo -incluyendo a Panamá- mantiene en promedio el 43% de sus exportaciones y el 41% de sus importaciones con Washington. En este sentido destacan los casos de Honduras y El Salvador quienes, en el orden de las exportaciones, tienen una relación con E.U. de 54 y 50 por ciento, respectivamente (Regueiro, 1997:157). En el Caribe, el peso de la economía estadounidense sigue generando un fuerte campo de atracción con un promedio de 34% de exportaciones y un 36% de importaciones, incluidos en esta cifra los países de la Commonwealth. Destaca el caso de Haití con un 71% de sus exportaciones dirigidas al mercado estadounidense. Hacia la franja andina -incluido Chile- el caso más destacado de las relaciones con los Estados Unidos es el de Venezuela que mantiene 52.8% de sus exportaciones y 46% de sus importaciones con dicho mercado; le siguen en orden de importancia Ecuador, Colombia, Bolivia, Perú y Chile que en promedio dirigen un 27.44% de sus exportaciones al mercado estadounidense y reciben de él un 26.64% en importaciones. Por su parte los países que forman el MERCOSUR -Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay- experimentan el proceso de integración sur-sur más sólido del continente, de tal forma que el peso del comercio intrazonal, ha superado al peso del comercio con los Estados Unidos. Según información de la CEPAL, el comercio intramercosur pasó de los 14,384 mdd en 1995 a los 16,610 mdd en 1996; mientras que el comercio de MERCOSUR con EU sumó unos 10,759 mdd en el 95 y unos 10,120 en el 96 (Actualidad Latinoamericana, N° 33:30).

- 2) Poseer materias primas insustituibles para los circuitos productivos del centro -petróleo, minerales atómicos, otros energéticos, materias primas no tradicionales, etc. En América Latina son cuatro países, Argentina, Brasil, México y Venezuela, los que producen el 81,26% de la energía primaria y el 81,23% de la energía secundaria del subcontinente. "Las reservas de petróleo en América Latina representan aproximadamente el 14% de las reservas mundiales y sólo son superadas por las existentes en Medio Oriente (64,5% del total mundial).

La relación reservas/producción (indicador de la capacidad de oferta del petróleo) es de 50 años, ubicándose en una posición intermedia respecto al promedio mundial" de acuerdo a información del Instituto del Tercer Mundo (<http://fp.chasque.apc.org:8081/energy/español>). En 1998 Venezuela, Arabia Saudita y México se disputaron el primer lugar como abastecedores netos de petróleo de los Estados Unidos (El Occidental 10/11/98). Por otra parte las principales reservas de gas natural -una fuente energética menos contaminante que el petróleo y el carbón, a la cual recurrirán más intensamente los países centrales- le corresponden a Venezuela, con 3.9 billones de metros cúbicos, seguido de México con 1.9 billones y Argentina con 0.5 billones. Perú cuenta con una gran reserva en Camisea, en la frontera con Brasil; con sus reservas de 312 mil millones de metros cúbicos, es el mayor campo de gas descubierto en América del Sur y concentra el 90% del total del país. América Latina dispone el más alto porcentaje de energía renovable (hidroeléctrica, eólica, solar, etc.) en la canasta energética del mundo (35%). América del Sur cuenta con grandes potenciales hidroeléctricos, pero presenta grandes disparidades en cuanto al grado de electrificación y, por tanto, en cuanto al acceso de la población a fuentes de energía moderna. América del Sur reúne el 30% de la selva forestal mundial y en el plano de la biodiversidad la región latinoamericana y caribeña tiene el segundo lugar en cuanto al número de plantas y especies animales respecto al total mundial

- 3) Ser capaz de reducir el nivel de asimetría económica respecto de la economía central, además de implementar políticas de ajuste estructural y de apertura comercial neoliberal, adoptando la visión ortodoxa llamada "el consenso de Washington". Esto es una prioridad en lo que se refiere al acondicionamiento económico, e implica cuestiones como el control inflacionario, el equilibrio en la balanza de pagos, regulación y eliminación de subsidios y privatizaciones del sector público; renglones en que prácticamente la totalidad de los países latinoamericanos se encuentran trabajando. En cuestión de privatizaciones, los casos más destacados del continente son Paraguay y República

Dominicana que en 1995 mantenían en marcha procesos de privatización en las áreas de las telecomunicaciones, la infraestructura de transportes, la generación y distribución de energía y la industria -incluida la agroindustria; los suministros de agua y los sistemas de aguas residuales están siendo privatizados en Paraguay; y las compañías de seguros, los bancos, así como la seguridad social en República Dominicana. Argentina, Brasil y México, mantienen una serie de programas de privatización, que se encuentran frenados debido a las coyunturas por las que atraviesan sus sistemas políticos y económicos (PRECIADO, 1995), aunque en los últimos cinco años de este siglo se han emprendido agresivos procesos privatizadores de la infraestructura carretera y portuaria, así como de la electricidad y las telecomunicaciones.

- 4) Ser un mercado local que concentre clientes y competidores globales, con el fin de constituirse en importantes fuentes de ingreso para las compañías transnacionales, además de generar economías de escala. De las 200 mayores empresas que existen en Latinoamérica y el Caribe -entre nacionales y extranjeras-, 106 de ellas se ubican en Brasil, 43 en México, 23 en Argentina, 8 en Chile, 7 en Colombia y 4 en Venezuela. De las 25 primeras 15 son brasileñas, 7 mexicanas, 2 venezolanas y una argentina. Las cuatro mayores pertenecen al sector petrolero y son, en orden de importancia, de Venezuela, México y Brasil. En cuanto a grupos empresariales locales con proyección transnacional, 13 son mexicanos, 10 son brasileños y 6 son argentinos, entre los principales (América Economía 1996-1997)

La segunda área de los Intereses Estratégicos tiene que ver con el acondicionamiento político y exige: 1) una reforma del Estado dirigida hacia la construcción de un Estado mínimo en lo que se refiere a la regulación del mercado, pero a su vez un Estado fuerte en el fomento del ahorro interno, el cual sea capaz de hacer frente al impacto financiero que implica el proceso de apertura al exterior y de integración; esto significa una reforma fiscal, bancaria, flexibilización laboral, desregulación estatal, etc. y la disposición de tomar acciones de salvamento de la economía, cuando las asime-

trías causen desacomodos o los circuitos productivos internos entren en crisis -el FOBAPROA mexicano es un buen ejemplo de lo anterior-; 2) una estandarización de los marcos jurídicos de la periferia con los del centro, que permita que los sistemas legales resuelvan diferencias sin grandes contrastes de criterio.

Finalmente, los temas estratégicos no sujetos a las negociaciones del libre comercio, corresponden a una agenda informal en las relaciones norte-sur, pero no por ello menos crucial para la construcción del sentido y de las instituciones dentro de los procesos de integración hegemónicos. Los temas que incluye son los siguientes:

- 1) Combate al narcotráfico. Según el informe sobre geopolítica mundial de las drogas, realizado por ONGs del continente con el apoyo financiero de la Comisión de las Comunidades Europeas, América del Sur sigue ejerciendo el monopolio mundial de la producción de cocaína. Sin embargo, se asiste a una redistribución de las cartas en el continente: "mientras los traficantes colombianos han desarrollado la producción de materias primas (hojas de coca y pasta base), sus homólogos peruanos y sobre todo bolivianos incrementaron la fabricación del producto acabado: clorhidrato de cocaína. En cuanto a las producciones de opiáceos, parece que sólo existen en Colombia, donde se nota también un renacimiento de la producción de marihuana. Otras evoluciones se perciben a nivel del tráfico", por ejemplo "Brasil se ha convertido en un importante centro de distribución de la cocaína boliviana, sobre todo destinada a Europa y Cercano Oriente. Otros países como Chile, Argentina o Uruguay sirven de rutas alternativas del tráfico de las drogas producidas en los países andinos" (<http://www.ogd.org/rapport/es>). Lo que más destaca aquí, es el proceso de certificación antidrogas al que Estados Unidos somete a los países con más alta incidencia en el narcotráfico. La certificación condiciona la ayuda estadounidense a una serie de criterios que violan la soberanía de las naciones certificadas y es otra forma en que la jurisdicción del centro crece hacia la periferia. En Marzo de 1997 EE.UU. sometió a este proceso a doce países latinoamericanos, así como a 32 países entre antillanos y asiáticos. El motivo de la insistencia de Esta-

dos Unidos sobre México, a fin de controlar desde este país el combate a las drogas, es el siguiente: hasta 1995 los Cárteles de Medellín y Cali controlaban el 90% de la cocaína que ingresaba a los Estados Unidos. Con la virtual desarticulación de estos Cárteles, es México quien desde 1996 controla, según estimaciones, el 90% de la producción Andina. México encabeza la lista de países que, según el Pentágono, ponen en riesgo la seguridad nacional de los Estados Unidos, ya que desde 1996 se ha convertido en el mayor controlador de las rutas del narcotráfico, contando con una muy organizada red de pistas aéreas clandestinas y de desembarcaderos marítimos.

- 2) Control del flujo de migraciones de la periferia al centro. La situación de migración a los Estados Unidos, según la Organización Panamericana de la Salud (OPS), cuerpo asesor de la Organización de los Estados Americanos, sitúa a México como el primer país que ha producido el mayor número de inmigrantes. De los 2.2 millones de mexicanos que viven en el exterior el 99% está concentrado en EE.UU. La comunidad hispana total en EE.UU suma 30 millones de personas. De tal forma que en este país se encuentra la quinta comunidad hispanohablante, en cuanto a su tamaño, en todo el mundo después de México, España, Colombia y Argentina. El 53% de las familias pobres que viven en California son latinas. Comunidad que será mayoritaria en California en el siglo XXI. Para México y los países centroamericanos, el envío de remesas de los trabajadores migrantes a Estados Unidos, representa uno de los sectores prioritarios en la introducción de divisas. Para todos los países caribeños, con excepción de Puerto Rico, la potencia del norte es el principal foco de atracción de migrantes pobres y de exiliados políticos. La creciente latinoamericanización de la geografía estadounidense, significa la creación de diversos polos que podrían caracterizarse como semiperiféricos (GIRAULT, 1999): el Miami cubano, los nuevos empresarios mexicanos en Chicago, Los Angeles y Texas, el mosaico latino de Nueva York; lugares donde también se concentran periferias excluidas.
- 3) Nueva escalada armamentista. Estados Unidos prohibió la venta de armamento de tecnología de punta a todos los países

latinoamericanos en 1977. Sin embargo, después de esa fecha, Israel y algunos países europeos productores de armas han realizado jugosas ventas a los gobiernos de la región. Ante esto, el complejo industrial militar estadounidense se sintió relegado, por lo que cabildeó con sus legisladores el fin del embargo de la venta de armas. Según estimaciones del Congreso Norteamericano, Francia vendió 200 aviones de combate a América Latina, durante los últimos 20 años, lo cual equivaldría a unos 40,000 empleos domésticos. El gobierno Clinton se hizo eco de esta demanda y anunció el fin del embargo, durante la Cumbre de las Américas realizada en Santiago de Chile en 1998. En la actualidad, varios países del cono sur se encuentran modernizando su armamento. Perú y Ecuador a causa de la reciente guerra fronteriza. Perú es el país sudamericano que mayor porcentaje de su presupuesto estatal dedica a lo militar. Durante la segunda mitad de la década de los 80, utilizó casi la tercera parte de su gasto gubernamental en mantener y equipar sus Fuerzas Armadas: tres veces más que el promedio en América Latina. En los últimos años el porcentaje ha disminuido, pero sigue dedicando el 25% del gasto del gobierno central a cuestiones militares. Ecuador dedica a estos asuntos el 11.6 % de su presupuesto (<http://www3.vistazo.com.ec/current>). Chile compró, entre 1996 y 1997, aviones de guerra, tanques antinucleares y submarinos franceses, además de 25 aviones Mirage belgas y 834 tanques, debido a la persistente influencia de las fuerzas armadas sobre la política económica (Siglo 21, 05/04/97). Aunque Brasil, México y Argentina han reafirmado su voluntad de mantener o reducir su armamento de punta, cada uno de esos países está fortaleciendo sus ejércitos y su industria militar. En el caso de México, los militares están dejando en un segundo plano su función de defensores de las fronteras contra el enemigo externo, pues la integración formal con los Estados Unidos exige una mayor apertura de ellas. Ello tiende a justificar enormes sumas de dinero secretamente manejadas para la creación de cuerpos militares especializados que requieren no sólo de un nuevo armamento, tecnológicamente más avanzado

para luchar contra los enemigos internos del estado, sino de asesores militares externos, de convenios de colaboración militar para defender con más eficacia a los nuevos poderes externos y para reprimir y dismantelar progresivamente a los movimientos armados opositores.

- 4) Control de los paraísos fiscales. América Central y el Caribe participan con un 25 a un 30% del total originado por operaciones ilícitas de capital en el mundo. A pesar de que la OCDE, junto con el FMI, el Banco Mundial y un grupo de supervisores especializados en paraísos fiscales, tratan de establecer nuevas reglas para evitar el lavado de dinero, un conjunto de intermediarios no bancarios, como fondos y aseguradoras, o como operaciones electrónicas de pagos cibernéticos, garantizan movimientos financieros ilegales vinculados con el narcotráfico. Asimismo, dinero producido por la corrupción y el desvío de fondos públicos y privados burla las hasta ahora insuficientes medidas para verificar la existencia legal de esos capitales. Entre los países que no tienen impuesto sobre la renta o simplemente lo tienen de manera simbólica, que además resguardan a ultranza el secreto bancario, se encuentran Islas Vírgenes, Barbados, Islas Caimán, Antillas Holandesas y Panamá. Paraísos que reciben cuantiosas inversiones de toda la región latinoamericana y caribeña.

Aparte de proporcionar los criterios para los Estados que aspiran a ser incluidos, estas tres agendas tienen un papel geopolítico que cumple, por lo menos, los objetivos siguientes: a) substituir a la antigua agenda internacional que fue fundada sobre los principios del derecho al desarrollo y la autodeterminación de los pueblos, los cuales fueron ejes de la discusión sobre el papel del tercer mundo durante la guerra fría; b) proveer al centro un discurso ideológico moralmente aceptado, que sustituya a la política de contención "anticomunista" que justifique de nueva cuenta la intervención estadounidenses en los asuntos internos de los países periféricos -la invasión a Panamá, respaldada en la lucha contra el narcotráfico; la invasión a Haití para restablecer la democracia y la reciente "Operación Casablanca", para detener a banqueros mexicanos implicados en el lavado de dinero, pueden entenderse en

este contexto-; c) Instituir una retórica que permita descalificar a los países que no cumplen con las transformaciones éticas exigidas por la Nueva Agenda.

Conclusiones

La integración, como lo señala Karl W. Deutsch, es un proceso mediante el cual "los actores políticos pertenecientes a distintos sistemas nacionales se persuaden de la conveniencia de trasladar sus lealtades, expectativas y actividades políticas hacia un nuevo centro, cuyas instituciones pasan a poseer o reclamar jurisdicción sobre los Estados nacionales preexistentes" (Tomassini, 1989). En este sentido, los procesos más profundos de integración económica no son una mera apertura comercial, sino que, gracias a la dinámica que desata la interacción entre lo interno y lo externo, ellos conforman relaciones consideradas geopolíticas, ya que contribuyen a crear un sistema-mundo multipolar en lo económico, unipolar en lo estratégico, donde se redefinen las jerarquías entre centros y periferias, y donde emergen y se reclasifican las semiperiferias. Esa nueva geografía política mundial se expresa en nuevas coordenadas de poder que prefiguran la dinámica caos-orden de la postguerra fría, con una Nueva Agenda definida por la contradicciones Norte-Norte, por un nuevo marco de alianzas y acuerdos norte-sur, por una débil integración entre los sures y por la competencia por las periferias entre las economías centrales del norte.

¿Existe una geopolítica del sentido latinoamericano y caribeño? Hasta ahora, es muy desigual el despliegue de valores comunes que se hacen necesarios para consolidar las instituciones que regularán los acuerdos dentro de un territorio determinado, la constitución de espacios deliberativos al interior de los esquemas de integración, y aún más, el aporte de una agenda social que asegure la gobernabilidad democrática nacional y supranacional. Aunque la ALADI, el SELA y la CEPAL, son las únicas instancias de corte regional, la naturaleza de sus objetivos y su historia reciente, no ofrecen perspectivas de creación de un espacio de sentido. La ALADI, razona en términos esencialmente económicos y su proyecto refleja fielmente el de sus 11 estados miembros:

favorecer la inserción latinoamericana al mercado mundial. El SELA se autoconcibe hoy como un "think tank" que asesora a sus 25 países asociados en materia de economía internacional y su aporte pretende diversificar el mercado latinoamericano hacia la región asiática. La CEPAL, acentúa la incorporación del progreso técnico, del empleo productivo y del capital humano en los países de la región, bajo tres ideas matrices: la transformación productiva con equidad, la reforma del Estado y el regionalismo abierto. Sin embargo, su preocupación por la dimensión social del desarrollo se diluye en la agenda económica de los organismos multilaterales encargados del ajuste estructural en torno a la democracia del mercado y la reforma del Estado liberal. Por su parte, los esquemas subregionales en curso no se proponen una dimensión latinoamericana y caribeña conjunta; aunque no se puede menospreciar la prefiguración de un espacio de sentido subregional en el caso del Mercosur, desde una perspectiva interestatal y el de la sociedad regional del Caribe, que empieza a dibujar un proyecto integrador desde abajo.

El problema para que una integración periférica exitosa en su interior, sea además una región pivotal para el centro, se encuentra en la capacidad que posea el esquema para darle peso a su creatividad política y social, de forma que gestione, más allá de las motivaciones ligadas a la riqueza del territorio, un lugar mejor en la relación estratégica. Y aquí ingresan tanto la cuestión del desarrollo humano y la tecnología, como la revalorización de lo político en la integración; si estos factores no son trabajados por las integraciones periféricas la decisión de la inclusión recaerá principalmente en el centro. De hecho una región pivotal, en la era de la alta tecnología, esta intrínsecamente definida por la apreciación del poder hegemónico y no solamente por las características territoriales que la región posea en sí misma; como explica Richard H. Ullman "al término del siglo XX se asume de forma generalizada, dentro de los Estados industrialmente avanzados, que el territorio -la tierra como tal- tiene ahora una importancia económica e incluso militar mucho menor que el conocimiento científico y tecnológico" (Lowenthal, 1994:29). El poder de tecnologizar un área pivotal implica un alto grado de unidireccionalidad del centro hacia la periferia, pero también impli-

ca un proyecto de sentido por el que se opta. En otras palabras, la importancia territorial de los bloques latinoamericanos, estará quedando relativizada por la capacidad del centro hegemónico de regular el flujo de tecnología, si en la periferia no se trabaja por desarrollar el factor humano y el avance tecnológico, tanto como la inventiva de los imaginarios integradores y su traducción en espacios deliberativos, desde donde se construya una agenda social y se consolide una gobernabilidad democrática.

En todo caso, el principal debate sobre una geopolítica del sentido se sitúa al nivel de la integración continental; nuevamente el sentido latino o americano de la integración continental divide las estrategias en torno a las relaciones norte-sur. Es indudable que la integración continental interestatal despierta las simpatías de gobiernos y grupos empresariales; ellos se preguntan si el camino será mediante un TLCAN ampliado, una negociación país por país, o una incorporación de lo existente esquema por esquema. Pero también se puede constatar que hay nuevos imaginarios sobre la mesa de discusión; la Cumbre de los Pueblos, de 1998, propuso un proyecto de espacio continental de sentido democrático que recoge la diversidad étnica, social-popular y regional americana, que aporta elementos de discusión con las pretendidas alternativas gubernamentales y partidarias al neoliberalismo.

Guadalajara, Jalisco, junio de 1999.